

**¿ENTRADA TRIUNFAL O SALIDA INADVERTIDA?
(Domingo de Ramos, 5.4.2009)
Marcos 11, 1-11 (Pedro Zamora)**

Algunas ediciones de la Reina-Valera del 60 (RV-60) encabezan esta porción de marcos con el título siguiente: “La entrada triunfal en Jerusalén”. Dicho así, uno piensa de inmediato en los típicos arcos de triunfo que conmemoran importantes victorias militares. Y la verdad, cuesta asociar a Jesús con esa imagen ... ¿Acogió realmente el pueblo a Jesús como un rey victorioso? Sabido es que el “pollino” como montura de reyes es conocido en el antiguo oriente, y de hecho por eso aparece en la profecía de Zacarías 9,9: era la montura de paz de un rey. Con todo, el hecho de que las masas reciban a Jesús como a un rey – el cuadro descrito es similar al del vencedor rey judío Simón Macabeo 150 años atrás (cf. 1Macabeos 13,51) – sigue siendo bastante sorprendente.

De hecho, se trata de una acción preparada por Jesús a conciencia. La importancia que da Marcos (y los otros evangelios sinópticos) a las instrucciones de Jesús reside precisamente en destacar que Jesús prepara su entrada en Jerusalén, no que las masas le aclamaran de motu proprio. Y Marcos es parco en aclarar quienes le aclamaban: ¿fueron sus discípulos quienes comenzaron a aclamarle – cf. v.7 – y se juntaron luego otros? De hecho, Lucas parece indicar que tanto los preparativos como toda la multitud o buena parte de la gente que le aclamaba eran seguidores de Jesús (19,37.39).

Esto es curioso, porque Juan y Mateo coinciden en darle mayor trascendencia a esta acción de Jesús: para Mateo la ciudad “se conmovió / conmocionó” y la gente decía que se trataba de “Jesús el profeta” (21,10.11); por su parte, Juan nos cuenta que los fariseos comentaban que “el mundo se va tras él”. Y ambos evangelios aderezan la importancia del acto con citas del AT en señal de un importante cumplimiento profético.

Pero no así Lucas, y menos aún Marcos. De hecho, el ‘triunfalismo’ queda definitivamente aguado cuando Marcos acaba con esta enigmática observación:

Y entró Jesús en Jerusalén, y en el templo; y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anocheía, se fue a Betania con los doce. (v.11)

¡Pues vaya un triunfo! Llega, se pasea ante algunos seguidores suyos que le aclaman, y luego ‘recoge sus bártulos’ y se va con los suyos a un pequeño pueblo porque no tenía lugar en Jerusalén donde pasar la noche... Y encima, Marcos no nos narra que alguna autoridad se sintiera inquieta por semejante acto político.

Una puesta en escena: el Mesías ha llegado... y se ha ido

Está claro en Marcos que se trató de una puesta en escena del propio Jesús que quiso comunicar algo mediante una acción, como los antiguos profetas que recurrían a acciones dramáticas para transmitir su mensaje. Y da la impresión de que se trataba simplemente de comunicar lo siguiente:

1. Jesús decide entrar a Jerusalén proclamándose el Mesías, esto es, el ungido, el rey de Israel. Recordemos los preparativos y los ecos de Zacarías que apuntan en esta dirección, y añadamos el paralelismo entre el v.9 y el Salmo 118,26;
2. Jerusalén es la capital de Israel, y en ella hay quien le proclama como Mesías, siquiera fueran sólo sus seguidores más cercanos;
3. Jesús se pasea por la capital del estado, particularmente por su institución principal, el Templo, como si fuera a tomar posesión (“habiendo mirado alrededor todas las cosas”) pero se va.

Sin duda, Jesús acaba de manifestar que el Mesías ha llegado, pero se ha ido precisamente del lugar que, supuestamente, más debiera esperarle.

El Mesías, ¿llega tarde o se ha ido?

Una chanza que se hace, y que tiene su lado serio, es que el Mesías siempre llega tarde. O sea, nunca llega para cuando se le espera. Este texto, sin embargo, viene a decir que sí ha llegado a tiempo, pero se ha ido. Tal y como se nos narra este acto dramático de Jesús, es como si éste quisiera decir que aún bajo aclamación, Jesús se iría de Jerusalén. Es más, dice que los que son realmente suyos deben salir con él (“se fue a Betania con los doce”).

La historia de la iglesia es testigo elocuente de que las ‘entradas triunfales’, hayan sido por las armas o pacíficas, conllevan el riesgo de querer quedarse, de querer hacer noche en el lugar ‘conquistado’. La mayoría de quienes decimos seguir a Jesús, querríamos, sí, acompañarle a Jerusalén, pero por supuesto nuestro propósito es hacer noche en ella. Es decir, para la mayoría de nosotros es importante tomar posesión de las instituciones, de las ciudades, de los pueblos ¡Eso es realmente el triunfo! Por supuesto, no estamos diciendo que queramos invadir a nadie o conculcar sus derechos. Estamos diciendo que nos encantaría que de propia voluntad las instituciones,

las ciudades, los pueblos ... se arrodillaran ante Jesús. Y entonces, sí que sería posible hacer noche en Jerusalén; quedarse.

Sin embargo, el Evangelio de Marcos propone que toda 'victoria' o 'triumfo' sea abandonada de inmediato en seguimiento del Mesías. La 'victoria' no es el fin del seguimiento, de la itinerancia, de la espera del cumplimiento final. Todo lo contrario, cada 'victoria' debería hacernos pensar sesudamente sobre cuándo se va el Mesías de en medio de la Jerusalén conquistada. Por lo general, los cristianos estamos enzarzados en acalorados debates respecto del cómo y el cuándo de la 'parusía' del Señor. Dedicamos nuestra atención a la más tosca especulación sobre los signos de los tiempos que anuncian el retorno de Cristo, o también lo hacemos al más alto nivel teológico y filosófico. Pero esta especulación me parece más una distracción para quienes se han (nos hemos) aposentado, que para quienes realmente esperan "al que viene". Por eso, para la mayoría de los cristianos, nuestra ocupación en sesudas reflexiones o debates debiera centrarse más en el cuándo y cómo se ha ido el Mesías de en medio nuestro.

Conclusión

El que espera a Cristo debe tomar conciencia de que ya ha habido una 'entrada triunfal', de que ya ha llegado, y de que lo ha hecho en una forma humilde. Por eso, quien realmente le espera debe ir con él a cada Betania a la que él llegue para hacer noche. El que de verdad espera a Cristo, no especula sobre el cuándo o cómo vendrá, sino que se preocupa por saber dónde va, a qué lugar Jesús llega para hacer noche. Y por supuesto, le sigue a ese lugar.